Alambique

La incógnita entre dos males en las comedias *Tartufo* y *El avaro* de Molière

Estefanía Basabe Rosas

Jean-Baptiste Poquelin (1622-1673), mejor conocido como Molière, fue un actor, poeta y dramaturgo francés. Considerado como uno de los genios de la comedia, logró conquistar el interés del rey Luis XIV de Francia gracias a la obra *La escuela de las mujeres* en 1662. Un año después saldrían a la luz los tres primeros actos de *Tartufo*, los cuales causarían un revuelo entre los miembros de la Compañía del Sagrado Sacramento, quienes, al sentirse heridos, lograron que la obra fuera censurada hasta 1669, fecha en la que se publicó la versión definitiva, con cinco actos. *El avaro* (1668) no gozaría de la misma fama que *Tartufo*; Rafael Solana (2018), en un intento por descifrar la mente del público francés del siglo XVII, plantea que la obra «no era ni carne ni pescado, no se trataba de un mero entretenimiento, de puras risas [...] pero tampoco de algo tan serio como las tragedias racinianas». A pesar de esto, en la actualidad podemos reconocer la atemporalidad de la obra, puesto que la avaricia sigue siendo un problema en la sociedad.¹

¿Por qué la Compañía del Sagrado Sacramento se sintió ofendida por el personaje de Tartufo? ¿Por qué parte de la sociedad francesa no encontró diversión en Harpagon, protagonista de *El avaro*? ¿Acaso se vieron identificados y, por lo tanto, humillados al igual que los falsos devotos? Molière recreó dos vicios o defectos de la sociedad, dos pecadores, dos enfermos que, vistos desde lejos, son igual de reprobables, pues ambos son la mancha negra en el lienzo blanco. Sin embargo, cabría preguntarnos: ¿son acaso esas dos manchas similares? Dentro de la oscuridad de sus pecados, ¿hay manera de que compartan un mismo objetivo o, tal vez, un mismo sentimiento? En el presente ensayo se analizará a los personajes Harpagon y Tartufo desde una perspectiva psicológica y religiosa con el fin de identificar las posibles similitudes o disparidades que nos lleven a concluir si, dentro de un mismo contexto y espacio, serían o no compatibles. Para la descripción psicológica me apoyaré del libro *El narcisismo*, de Alexander Lowen, y el artículo «Características psicológicas de las personas avaras» de Cristina Marín. En lo que respecta a lo religioso, me remitiré al *Tratado sobre los siete pecados mortales* de fray Andrés de Olmos.

¹ La información bibliográfica contenida en este párrafo fue extraída de: Rafael Solana, «Prólogo», pp. VIII-XXVI.

El narcisista de dos caretas

De acuerdo con Alexander Lowen,

los narcisistas [...] construyen una máscara permanente que esconde su carencia de sensibilidad emocional [...] les preocupa más su apariencia que sus sentimientos: por eso actúan con frialdad, son seductores y manipuladores, y luchan para conseguir el poder y el control [...].²

En el personaje de Tartufo podemos encontrar todas estas características, mas queda en duda la máscara que lleva puesta. Como primera capa tenemos la imagen real de un ser débil y sensible que se trata de ocultar o eliminar con la primera careta: la imagen idealizada de sí mismo. Con Tartufo, esta primera imagen se remonta a la creación de un hombre astuto, manipulador, seductor, y tan inteligente que es capaz de colocarse otra careta para conseguir sus objetivos.

Como hombre astuto, supo escoger al miembro de la familia que más seguridad le concediera. Tartufo sabe que Orgon no es muy inteligente, es fácil de ablandar con unas cuantas palabras y actitudes piadosas, al igual que la señora Pernelle. Posee la libertad de quitar y ponerse la careta cuantas veces quiera, ya que, dentro de su arrogancia, tiene a la «cabeza de la familia» en sus manos y tan es así que no se ve en la necesidad de fingir plenamente ante los demás. No obstante, a pesar de la comodidad que su posición como el amigo y consejero de Orgon le proporciona, para un narcisista es inconcebible que alguien sea más poderoso que él, por eso comienza a comportarse como el dueño y señor de la casa. «Dorina.- Como que es cosa que escandaliza ver un desconocido hacerse dueño en la casa propia. Mucho enfada que un pordiosero [...] llegue a olvidar quién es y procure contrariarlo todo y obrar como un señor».³

Su error, al ser descubierto seduciendo a Elmira, supuso para él una falla en su plan, que, aunque «pequeña» y «temporal», lo llevó a actuar de manera impulsiva, haciendo uso del «poder» que Orgon,

por voluntad propia, le había otorgado, corriéndolos de la propiedad. Tartufo, dentro de su máscara de hombre astuto, no supo sobrellevar esta equivocación. Dejó que los sentimientos actuaran por él, causando así su fin. ¿Por qué fue ante el rey? ¿Qué sentimientos lo motivó? ¿El miedo a ser acusado y posteriormente encarcelado? ¿Por qué cuando fue detenido no lloró, no gritó, no imploró perdón?

Tartufo es un individuo que, a partir de la destrucción del *yo* verdadero, crea un mundo donde la perfección gira alrededor de él; por ende, nada sale mal. Sin embargo, consideremos que esta misma percepción de la realidad, o, más bien de su realidad, proviene de la primera careta. Lo que hay detrás de ella no posee ni la más mínima concordancia: la astucia se convierte en ingenuidad, la inteligencia en estupidez y la racionalidad en impulsividad. Si fue ante el rey es porque, dentro de su mundo, su perfección se vio amenazada. El miedo es su principal motor, pero este sentimiento no es admitido; tiene que enmascararlo con el «acto estratégico» de la manipulación al rey. Falla, nuevamente, y la máscara está por colapsar. Es detenido y la única manera de salvación es callar, porque en el silencio y en la inmovilización está el orgullo, la arrogancia y soberbia que lo mantienen vivo.

Cuatro veces pecador mortal

De acuerdo con los actos y palabras del personaje, podemos determinar un dilema doctrinal que sirve para ejemplificar y criticar las faltas que se cometen en contra de las exigencias religiosas de su época. En Tartufo se personifica la falsa devoción y es, por consiguiente, un pecador que a lo largo de la obra seguirá traspasando la línea de lo prohibido hasta convertirse en el pecador mortal por excelencia.

Aquel que se vanagloria por encima de quien todo lo posee pecará de soberbia. Pues en sus oraciones no pensará en Dios, no buscará su felicidad, ni mucho menos su amor y, por esto, «Dios anda muy enojado contra el corazón doble, la doble lengua de los que son hipócritas».⁴

² Alexander Lowen, *El narcisismo*

³ Molière, *Comedias*, p. 4.

⁴ Andrés Olmos, *Tratado sobre los siete pecados mortales*, p. 13.

Orgon, - si hubieses visto cómo conocí a Tartufo habrías tenido por él la amistad que yo. A diario iba a la iglesia, con benigno talante, postrabanse frente a mí doblando las rodillas y atraía los ojos de toda la congregación por el fervor con que elevaba a Dios sus plegarias.⁵

Tartufo es un falso, un engañoso, hincándose por la imagen de sí mismo y no de Dios. Nada es puro en su corazón, debido a que «la soberbia está en él muy hundida, aunque en apariencia se rebaje ante las gentes [...]».⁶ Como buen hijo de la soberbia, no podía dejar a la hipocresía afuera «enseñando a los demás aquello que no sabe bien [...]»⁷ conducía a los miembros de la familia de Orgon por el camino del cielo, sin siquiera creer en él.

Al no conocer verdaderamente a Dios no puede comprender sus deseos. Su cuerpo no está ligado a lo celestial, sino a lo terrenal; por lo tanto, responde a los impulsos carnales. Nuevamente, ha pecado al mirar, tocar y hablar con deseo a una mujer, en dos ocasiones, y con la esposa de quien fue su señor. En el tercer acto, escena tres, podemos observar cómo Elmira, al verse hostigada por las insinuaciones de Tartufo, señala que esos actos y palabras iban en contra de la imagen que él promulgaba; no obstante, y contra de toda regla, el falso devoto aseguró que «el hombre es carnal».

Tan carnal que el placer no para solo en la falda, también hay que satisfacer al cuerpo con la comida. «Dorina, - Comió solo [...] y engulló muy devotamente dos perdices y media pierna de carnero en salsa».⁸ El acto de comer no tiene que satisfacer al corazón, porque se corre el peligro de crear un vicio y un vicio es un pecado. Ante los ojos de Dios, Tartufo es un soberbio de doble corazón, un hipócrita de doble lengua, un lujurioso y un glotón.

Un pozo sin fondo

Molière, en *El avaro*, hace una denuncia dirigida a los defectos sociales de su época. La avaricia es

⁵ Molière, *op. cit.*, p. 7.

⁶ Olmos, *op. cit.*, p. 13.

⁷ *Ibid*, p. 63.

⁸ Molière, *op. cit.*, p. 7.

definida por la RAE como el «afán desmedido de poseer y adquirir riquezas para atesorarlas». Harpagon es un personaje avaro que, en su afán por llenar un pozo sin fondo, actúa de manera egoísta con sus hijos, impidiéndoles encontrar el amor en lo no material. Sin embargo, ¿es consciente de su egoísmo? En la mente del avaricioso solo existe una regla: «tener para retener». Sin importar el cómo, lo más importante es la acumulación de riquezas. Es así que para alcanzar este objetivo es necesaria la deshumanización del otro y, hasta cierto punto, de sí mismo. El matrimonio para él no es una unión movida por el cariño, sino una transacción injusta en la que él sale ganando y, la contraparte, perdiendo. Precisamente en la obra podemos ver cómo dos transacciones se ven turbadas por un sentimiento característico de los avaros: el miedo a la pérdida.

«La avaricia va más allá del placer de acumular, detrás de la codicia y el egoísmo hay una persona insatisfecha y es en esa insatisfacción que el miedo a no tener los convierte en esclavos».⁹ Harpagon, como esclavo, renuncia a su objetivo principal: casarse con Mariana, debido al robo de su poder: el cofrecillo con diez mil escudos. Esto no ha de sorprendernos si consideramos que toda la vida del protagonista se ha movido en la constante renuncia de las comodidades; algo incongruente, ya que se pensaría que entre más dinero, mejores comodidades, mejores atuendos, exquisitas comidas y grandes viajes. La triste realidad del avaro es que, a pesar de encontrar placer en el dinero y en lo material, no es capaz de disfrutar y saciarse de todo lo que posee; de ahí la razón por la cual Harpagon no repara en la imagen y salud, tanto de él como de sus hijos, servidumbre y animales. Es cruel, pero está, irónicamente, dentro de esa misma crueldad, castigándose a sí mismo, siendo la guillotina y la cabeza al mismo tiempo.

El atizador de su propio fuego

«El que lleva el nombre de mezquino, de avaro, se consagra solo a los bienes terrestres, con todo su corazón vive buscándolos de tal modo que se olvi-

⁹ Cristina Marín, «Características psicológicas de las personas avaras».

da de los bienes celestiales». ¹⁰ En la obra, Harpagon desvergonzadamente se remite al cielo y nulos son los actos que todo buen cristiano está obligado a realizar. De acuerdo con el cristianismo, Dios sabe lo que nos hace sentir plenos y felices, por eso manda al sol brillar, a la tierra ser fértil y a los frutos ser abundantes; no obstante, el avaro los ignora, de la misma manera que lo hace con el Señor. Como si de un virus se tratase, la avaricia hace que Harpagon trabaje duro y con buena gana a costa de la paz del prójimo. Prueba de ello está en los altos porcentajes de interés que cobra a la hora de hacer un préstamo.

En el momento en que trabaja por y para el pecado, «se acerca a lo que es feo, horroroso, espantoso, de tal modo que acaba viéndolo como si fuera nada». ¹¹ Como si caminara entre el fango, se hunde más y más sin voltear a ver a Dios, pues su mirada está fija en aquello que su alma no necesita. Se hunde con temor, pero de nada sirve pedir ayuda al todopoderoso, ya que las cosas celestiales, al no conocerlas, las cree miseria. Los sentimientos de Harpagon jamás fueron movidos por la infelicidad de sus hijos; la alegría que obtuvieron posteriormente solo fue el resultado de la inclinación de su padre por el dinero. Dentro del fango, Harpagon disfruta del lodo que llama felicidad.

Dos males, una habitación, ¿qué sucederá?

¿Es posible que un narcisista logre convivir con un avaro? La respuesta inmediata es no, debido a que, para el narcisista, el avaro se encuentra en una posición de inferioridad dentro de la batalla por el poder. En ellos se encuentran dos deseos dirigidos a diferentes objetivos, puesto que uno se dirige al poder monetario y el otro al poder sobre quien posee el poder monetario. En el juego del narcisista, el avaro tiene todas las de perder, porque carece de lo que a él le sobra: inteligencia, astucia y habilidad para adaptarse a cualquier entorno al que se le quiera sacar provecho. Harpagon, en cambio, se sentiría como un esclavo acorralado ante la amenaza de quien tiene la posibilidad de arrebatarse su dinero y jamás devolvérselo.

¹⁰ Olmos, *op. cit.*, p. 65.

¹¹ *Ibid*, p. 67.

Dos pecadores ante la Iglesia representan la mancha negra en el lienzo blanco de Dios, son un error, son un pecado y, como pecadores, han de morir, pero ¿son estas dos manchas negras amigas de una misma miseria o de un mismo final? No. Porque una vez pecador, no es lo mismo que cuatro veces pecador. En el cuadro, la mancha más grande es, por lógica, la más mísera y, en consecuencia, la más aborrecida. Harpagon solamente tiene que purificar su alma ante un pecado y, frente a esto, se lo podría echar en cara a Tartufo cayendo en la soberbia, mas sigue siendo una minoría ante los pecados de su compañero. No conocer a Dios e ignorarlo es mejor que desconocerlo y hacer uso de su nombre con fines propios.

Varias incógnitas surgen del enojo y desinterés de quienes observan las manchas en el lienzo: ¿se enojan porque son una imperfección? Y si es así, ¿por qué cubrir el cuadro si observarlo ayudaría a que muchos cristianos se abstuvieran de ser como Tartufo y Harpagon? ¿Es miedo disfrazado de indignación? ¿Es incomodidad por verse reflejados en la oscuridad del pecado? Uno solo puede temer del pecador si ha cometido el mismo pecado en obra, palabra o pensamiento. Esta es la pintura de *Tartufo y Harpagon, los enfermos*; en cuyo marco se lee grabado «Sociedad de la Francia, siglo XVII».

Estas obras de Molière hacen una fuerte crítica hacia aquello que se considera reprobable en la sociedad francesa del siglo XVII. Como lo vimos en *Tartufo*, quienes se sienten acorralados ante la amenaza de la demostración de su *yo* verdadero actúan impulsivamente, censurando, prohibiendo e ignorando su realidad. Los avariciosos y falsos devotos, en su terror e indignación, se convirtieron en los peces que mordieron los anzuelos de *El avaro y Tartufo*.

Fuentes

Lowen, Alexander, *El narcisismo*, Paidós, Barcelona, 2000.
Molière, *Comedias*, Porrúa, México, 2018. Olmos, Andrés, *Tratado sobre los siete pecados mortales*. México: UNAM, México, 1996. Marín, Cristina, (2012). «Características psicológicas de las personas avaras», en *Cepsim Madrid*, 2012. [14 de septiembre de 2024]. <<https://www.psicologiamadrid.es/caracteristicas-psicologicas-de-las-personas-avaras/#:~:text=Avaricia%20significado,-Como%20tratar%20a&text=Se%20convierten%20en%20personas%20codiciosas,miedo%20a%20que%20no%20vuelva>>.